





# **Entre Voces Y Sombras**



# Entre Voces Y Sombras



Maia Laui

Primera edición: agosto 2026

Depósito legal: SE 3250-2026

ISBN: 979-13-7060-636-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Maia Laui

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcircularrojo.com](http://www.editorialcircularrojo.com)

[info@editorialcircularrojo.com](mailto:info@editorialcircularrojo.com)

Impreso en España — Printed in Spain

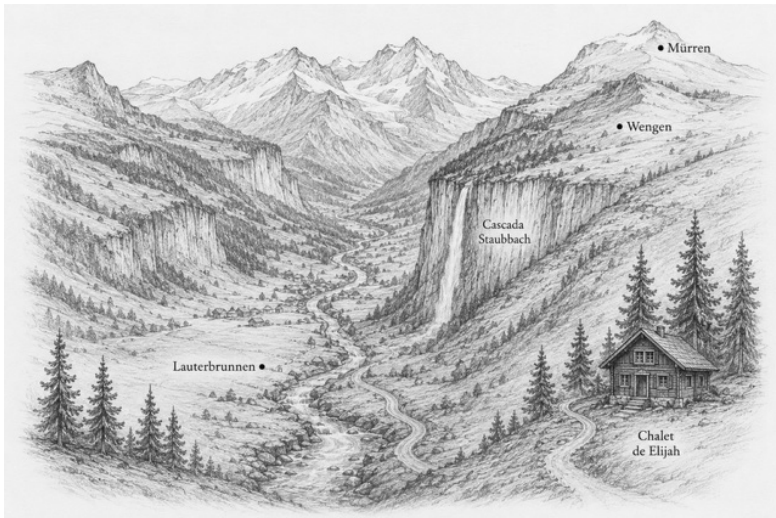
Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

A veces, regresar al lugar donde todo comenzó  
es la única manera de descubrir quién eres.

**Autor desconocido**



# MAPA DEL VALLE DE LAUTERBRUNNEN



Un valle alpino rodeado de  
imponentes montañas, cascadas  
y pintorescos pueblos.



WENGEN  
1.274 m

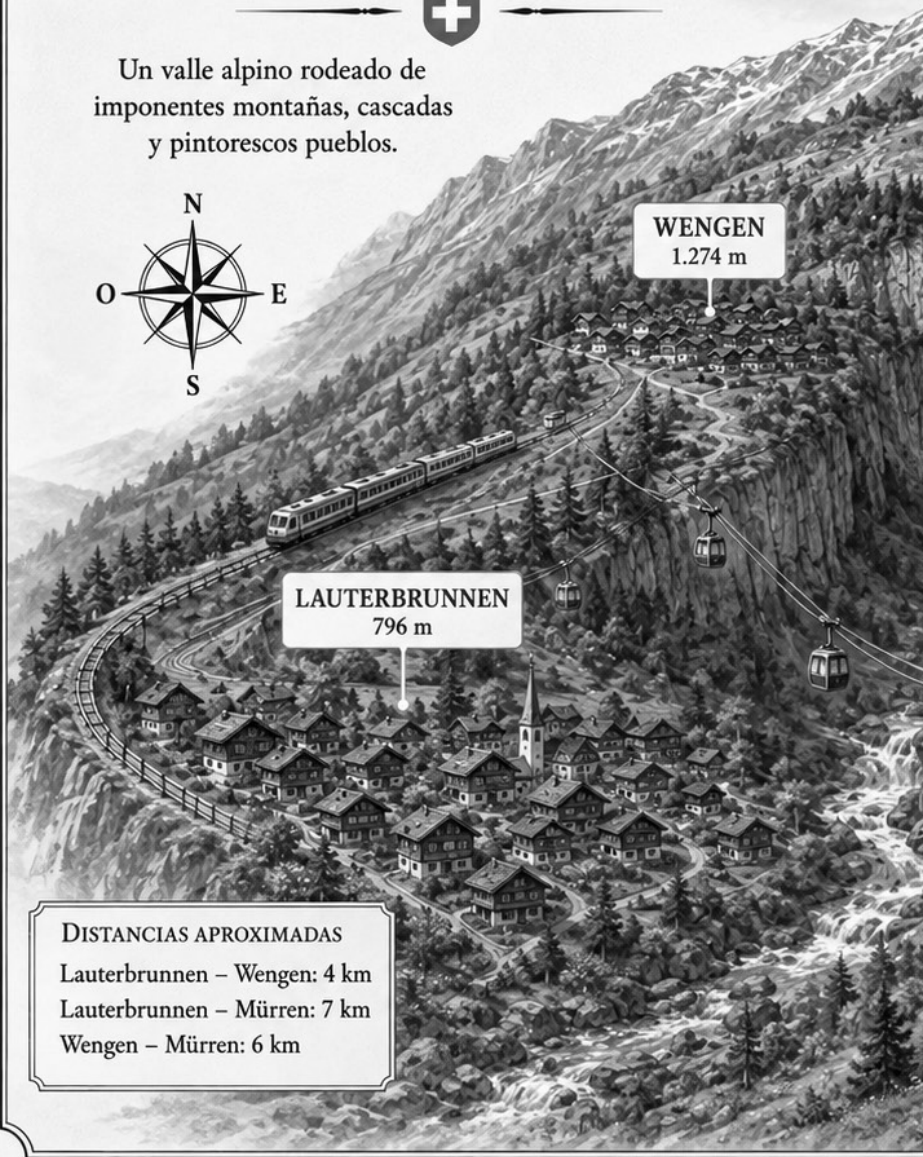
LAUTERBRUNNEN  
796 m

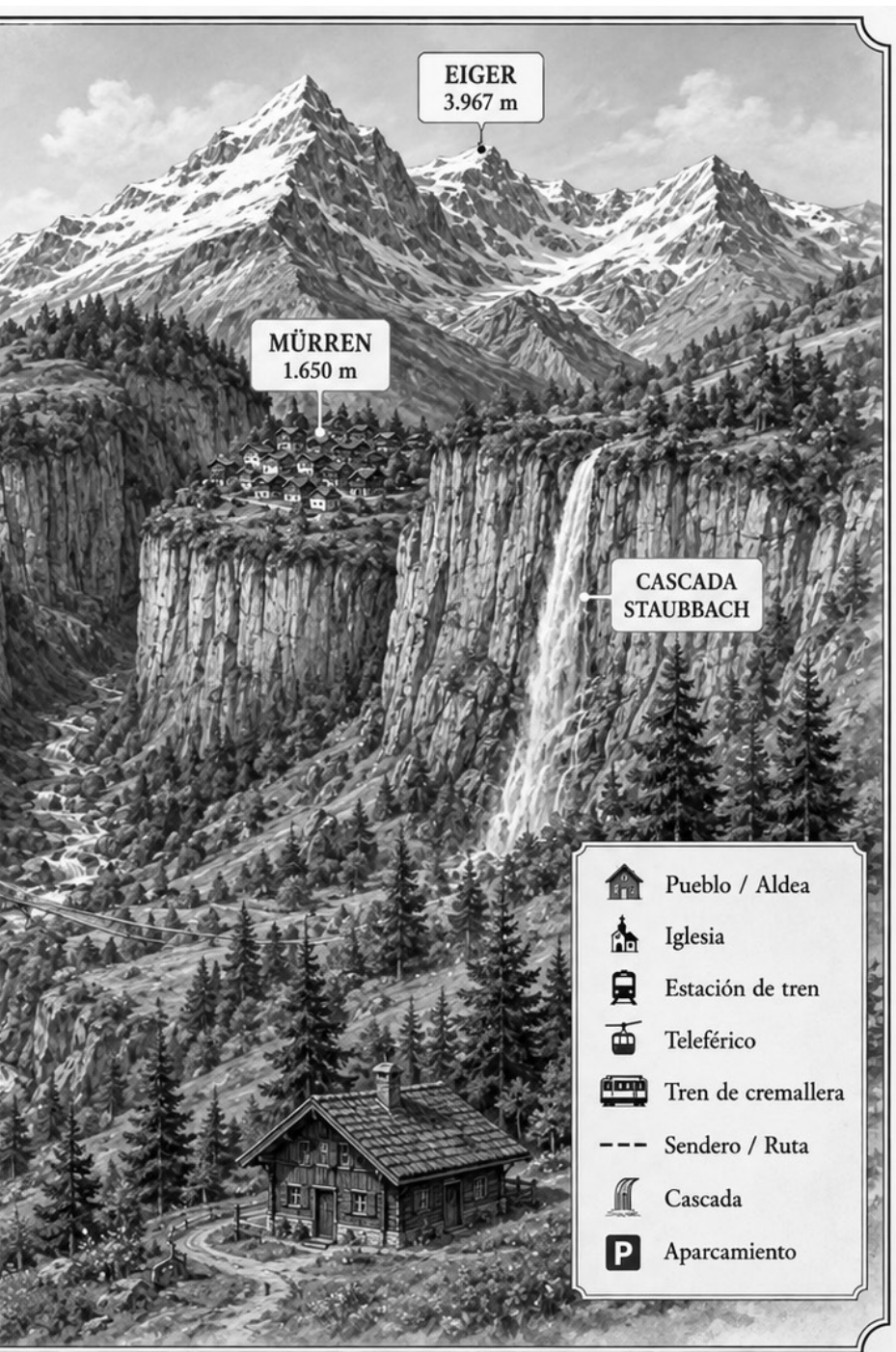
## DISTANCIAS APROXIMADAS

Lauterbrunnen – Wengen: 4 km

Lauterbrunnen – Mürren: 7 km

Wengen – Mürren: 6 km





EIGER  
3.967 m

MÜRREN  
1.650 m

CASCADA  
STAUBBACH



Pueblo / Aldea



Iglesia



Estación de tren



Teleférico



Tren de cremallera



Sendero / Ruta



Cascada



Aparcamiento



## ❧ Capítulo 1 ❧



Al fin había llegado. Su corazón golpeaba con fuerza, como si quisiera advertirle que regresar no era buena idea. Miró a su alrededor: todo era como lo recordaba. Parecía que el tiempo no había pasado. Hacía diez años que se marchó, huyendo de su pasado, pero, sobre todo, del dolor.

Y, sin embargo, allí estaba de nuevo, regresando a sus orígenes. Detuvo el coche y bajó. Todo parecía igual, pero ella ya no lo era. A pesar del paso de los años, el paisaje seguía siendo tan hermoso como lo guardaba en su memoria: las montañas, la nieve deslizando por las laderas... Bajo esa calma aparente, seguía latiendo un peso que nunca se había atrevido a enfrentar del todo. Evitó

pensar en ello y se concentró en las casas, y en la gente que salía a las puertas para recibirla...

Escuchó una voz familiar. Giró la cabeza, buscando el sonido, y entonces lo vio: su padre. Cuánto lo había extrañado. El pecho se le encogió al encontrarlo de pie frente a ella. Recordó su llamada inesperada:

—«Chloe, necesito que vuelvas. Ya no soy el mismo. Me hago mayor, y la casa y las tierras son demasiado trabajo para mí. Tienes que prepararte para manejarlo todo en el futuro».

Se abrazó a él y el tiempo se detuvo un instante. Ese olor familiar le devolvió la sensación de hogar que creía perdida. Pero incluso en ese momento, entre sus brazos, había algo que él no decía. Algo que ella estaba a punto de descubrir.

De pronto, se vio rodeada de personas que hacía mucho que dejó atrás. Había querido olvidarlo todo y empezar de nuevo en otro lugar. ¿Pero se puede enterrar el pasado cuando sigue latiendo en lo más profundo?

Cerró los ojos un instante, y fue como abrir una grieta al pasado.

Aquella imagen no era un sueño, sino un recuerdo que volvía con fuerza, tan vívido como si estuviera ocurriendo de nuevo.

—¡Chloe! ¡Chloe! —gritaba Mimi, como si el mundo girara en torno a ella. Chloe entreabrió los ojos. Tenía tantas ganas de seguir durmiendo, pero los alaridos de Mimi rompían cualquier intento de descanso.

—¿Qué pasa, Mimi? —murmuró frotándose los ojos. La sensación de sueño aún le pesaba en el cuerpo.

Esta se lanzó sobre ella con su energía habitual, despeinándola sin piedad.

—¡Levántate, león! —canturreó mientras le hacía cosquillas en el cuello.

Chloe soltó una carcajada. Por más que quisiera quedarse en la cama, con Mimi cerca, el sueño era misión imposible.

Se sentó en la cama y la miró con una ceja levantada.

—¿Por qué me levantas tan temprano? Estaba muy cómoda durmiendo. Además, me acosté tarde.

—Ya lo sé —respondió Mimi con una sonrisa pícaro—. Sé que estuviste con él.

Chloe sintió un leve cosquilleo en el estómago.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó intentando sonar indiferente.

Mimi abrió los ojos como platos, disfrutando el momento.

—Pueblo pequeño, infierno grande —dijo con una sonrisa traviesa.

Chloe sonrió. Tenía ocho años y, a pesar de las travesuras, era su hermanita adorada.

Desde que su madre se marchó, dejándola recién nacida, Chloe, con apenas catorce años, se convirtió en el único sostén de Mimi. Había estado a su lado, cuidándola y protegiéndola como si fuera su propia hija. Pero, por más recuerdos que llenaran ese espacio siempre quedaba el hueco de su madre... esa presencia ausente que había aprendido a ignorar, pero que nunca dejó de doler. Nadie le explicó porque se había marchado y esa pregunta sin respuesta la acompañaba como una sombra que nunca se disipa.

No recordaba muchas cosas. Fragmentos borrosos se agitaban en su memoria, pero siempre se escapaban cuando intentaba atraparlos. Y aunque no lo decía en voz alta, parte de ella seguía esperando una explicación. ¿Por qué su madre se fue sin mirar atrás? Decían los médicos que su mente había bloqueado recuerdos de su infancia tras la marcha repentina de su madre, pero, a veces, se preguntaba si había algo más. Algo que no quería —o no podía— recordar.

La voz firme de su padre la sacó de sus pensamientos.

—Chloe necesita descansar. Ha sido un viaje largo. Ya tendremos tiempo de hablar con ella —dijo con esa autoridad tranquila que siempre lograba hacerla sentir segura.

Poco a poco, las personas se dispersaron, regresando a sus casas. Chloe levantó la mirada y le dedicó una sonrisa silenciosa a su padre. Agradecía su silencio.

Entró a casa y, al instante, el pasado la atrapó. Todo estaba igual, cada objeto en su sitio... salvo por una ausencia que lo cambiaba todo.

Abrió la puerta de su habitación y, por un momento, el aire se le cortó.

Allí, en su cama, creyó ver a Mimi con su gran sonrisa balanceando las piernas mientras le decía con su tono habitual:

—Chloe, ¿dónde te habías metido?

Parpadeó con fuerza, apretando los ojos como si ese simple gesto pudiera borrar el dolor. Pero no desaparecía. Nunca lo hacía.

Se dejó caer en la cama y, al hacerlo, las lágrimas que tanto había reprimido finalmente brotaron, sin poder contener los sollozos por todo lo que la oprimía desde el día en que su querida Mimi desapareció.

¿Qué había pasado? ¿Por qué no podía recordarlo todo? Había intentado enterrarlos en lo más profundo de su alma, pero seguían ahí, acechándola.

Y en algún rincón olvidado de su mente, algo volvió a latir. Algo que llevaba demasiado tiempo dormido.

No supo cuánto tiempo pasó. El golpeteo furioso de la lluvia contra los cristales la sacó de sus pensamientos. No sabía si dormía o solo flotaba en un recuerdo.

Un trueno retumbó, iluminando por un instante la habitación con un resplandor frío y violento.

Por un segundo, su mirada se detuvo en las sombras que danzaban en las paredes, proyectadas por las ramas que golpeaban las ventanas al compás del viento. Formaban figuras fantasmales que la hicieron estremecer.

Pero algo más la inquietó: el silencio.

No escuchaba a su padre caminando por la casa, ni el sonido lejano de la radio que siempre dejaba encendida. Todo estaba... vacío. Como si, de repente, la casa se hubiese quedado atrapada en otro tiempo, en otro lugar.

—¿Papá? —llamó, pero su voz se perdió en el eco de los pasillos.

Probó de nuevo, más fuerte esta vez:

—¡Papá! —Nada. Solo el eco devolvía sus palabras.

Un escalofrío recorrió su espalda al internarse en el pasillo oscuro. Sus pies llegaron, casi sin pensar, hasta la puerta de la habitación de Mimi.

Respiró hondo... y empujó lentamente la puerta.

Y entonces despertó.

Su corazón latía con violencia cuando abrió los ojos. Era solo un sueño, pero se sentía demasiado real.

Miró a su alrededor, reconociendo cada cuadro, cada objeto... y ese olor inconfundible que siempre recordaba a familia. Pero algo dentro de ella no encajaba. No era solo el sueño.

Era la ausencia. Ese vacío que, por más que intentara llenar, siempre estaba ahí.

Afuera, el ruido de la tormenta parecía querer borrar todos esos recuerdos. Todo lo que temía. Como si la casa —y sus secretos— ya no quisieran quedarse callados por más tiempo.

Miró el reloj de su muñeca: las 3 de la mañana. No tenía sueño.

Suspiró con resignación y decidió bajar a la cocina por un vaso de leche, esperando que el calor le diera algo de consuelo.

El silencio de la casa era abrumador, roto solo por el crujido de la vieja escalera bajo sus pies.

Al llegar a la cocina, encendió la luz y, de inmediato, los recuerdos la asaltaron. Cada rincón estaba impregnado de recuerdos: las tardes cocinando con su padre, Mimi revoloteando como una mariposa que no encontraba un solo lugar para posarse... porque todas las flores le encantaban. Así era Mimi: pura luz,

llenando de amor a todos los que pasaban por aquella cocina; su padre, los vecinos que alguna vez colmaron la casa de risas, Giulia y ella misma... Pero, por más recuerdos que llenara ese espacio, siempre quedaba ese silencio dejado por su madre, al que había intentado acostumbrarse sin lograrlo.

Dejó atrás sus pensamientos y, por un instante, creyó escuchar la risa de Mimi, clara y viva, como si estuviera allí mismo. Se detuvo, con el corazón acelerado, esperando que el sonido volviera...

Pero solo estaba el zumbido del refrigerador.

Sacó la leche, la vertió en una taza y la metió en el microondas. Mientras el aparato zumbaba, apoyó las manos en la encimera, intentando ahuyentar los fantasmas de su mente.

—¿No puedes dormir? —La voz grave de su padre rompió el silencio.

Chloe se giró y le encontró de pie en el umbral, con el rostro marcado por los años, pero con la misma mirada cálida de siempre.

—He dormido un poco —respondió, encogiéndose de hombros—, pero bajé a por un vaso de leche.

Él la observó durante unos segundos, como si quisiera decir algo más, pero solo asintió con una leve sonrisa.

—Buenas noches, papá —susurró Chloe al pasar junto a él, dejando un beso ligero en su mejilla. Por un instante, sintió cómo su mano se posaba en su brazo con una ternura silenciosa, como si temiera que, si la soltaba, ella se marcharía otra vez.

—Buenas noches, pequeña —respondió él, aunque ambos sabían que hacía mucho que dejó de ser una niña.

Abrió la puerta de su habitación y, entonces, por un segundo, juraría haber visto una sombra deslizarse por el interior.

Se quedó inmóvil, conteniendo la respiración.

Giró lentamente la cabeza hacia el espejo frente a la cómoda. Solo estaba ella reflejada. O, al menos, eso quería creer.

¿Había alguien más?

Tal vez solo el juego de luces y sombras. O su mente, ya exhausta, distorsionando la realidad.

Cerró los ojos. Intentó entregarse al sueño...

Pero justo entonces, un susurro quebró el silencio:

—Chloe...